

sufrir la condicion de las cosas humanas: tocábale abismarse, mientras otras potencias ascendían al emporio de la grandeza.

En medio de esta decadencia, en la cual cada año que transcurria parecia señalarse por una calamidad exterior, ó por nuevas disensiones interiores, ¿hubieran podido los Jesuitas realizar un milagro? Diseminados por los diversos parajes donde tenian sus misiones, encerrados en el fondo de sus colegios, ó admitidos en la corte, ¿les hubiera sido posible detener el curso de los sucesos y de las tendencias morales que de ellos resultaban? Quizás por medio de la educacion les fue permitido suspender los progresos del mal; acaso por medio del consejo les fué dado inocular en el corazon del Monarca algunas ideas de reforma; pero á esto solo debieron ceñirse sus esperanzas aun las mas ambiciosas. Es verdad que disponian como árbitros absolutos de la enseñanza pública; pero no obstante, el reino lusitano declinaba incesantemente, mientras que en la misma época y bajo un sistema idéntico de instruccion, la Francia, la Alemania católica, la Italia y Polonia arribaban á su apogeo de gloria literaria, política y militar.

Este período de la historia de Portugal no ha carecido sin embargo de Jesuitas doctos y de hábiles profesores. En esta misma época se contaba en las filas del Instituto á un hombre, á quien la *Biblioteca lusitana* de Barbosa Machado mira como uno de los personajes más ilustres que ha producido el mencionado reino. El P. Antonio Vieira, nacido en Lisboa en 1608, y admitido en la Compañía en 5 de mayo de 1623, se consagró en un principio á las misiones trasatlánticas. Teólogo, poeta, orador, historiador y filósofo, agregaba á todos los dones del talento la energía de la voluntad y el vigor de la inteligencia. Embajador de Juan IV en Paris, en Holanda y en Roma, debia ser á la vez un profundo diplomático, un predicador elocuente y un docto controversista. En Amsterdam triunfaba, en una discusion pública, del famoso rabino Manasés-Ben-Israel; en Roma se negó á ser confesor de Cristina de Suecia, para consagrar su existencia entera al servicio de su país. En las misiones de Ultramar, en los colegios, en la corte y en las cátedras se dedicaba incesantemente á renovar el espíritu nacional, cuyo decaimiento era un suplicio para su alma, mientras otros Jesuitas, menos célebres, aunque no menos activos, se esforzaban tambien á sacudir este letargo; pero tampoco

fueron mas afortunados estos últimos que lo habia sido Vieira, el cual falleció en el Brasil en 18 de julio de 1697 á la edad de ochenta y nueve años.

Desde este momento la historia de la Compañía de Jesús se reasume en la de los confesores de los reyes. Cuando los Jesuitas no toman parte alguna en los acontecimientos, se les mezcla en ellos á pesar suyo: se exagera ó disminuye su influjo; ora los improvisan inspiradores de todas las faltas cometidas, ora los hacen extraños á todo pensamiento popular. El Instituto de Loyola tenia entrada libre en los palacios; venia á ser una potencia, y una potencia tanto mas formidable, cuanto que el individuo nada exigia, ni podia exigir cosa alguna para sí mismo, sino que con su espontánea voluntad adjudicaba á la Compañía en masa el ascendiente privado de que le hacian disfrutar cerca de los príncipes sus virtudes, talentos y amenidad de carácter. Cierto es que de este modo se centuplicaba la fuerza de su Orden; pero los Jesuitas se creaban tambien en cada reino numerosos y nuevos enemigos, mas temibles aun que los parlamentos y universidades de quienes habian triunfado por último, puesto que su proteccion ó su amistad eran un título para el favor, y algunas veces un medio de hacer fortuna.

Sabian muy bien que en los dias del peligro todos esos agradecimientos de que se hacia tanto alarde, se transformarian en ingratitud ó traicion; pero parecieron querer olvidar que la envidia y la ambicion ajadas suscitan hostilidades palaciegas, mil veces mas temibles que las de escuela. Colocados sobre un terreno resbaladizo, y hechos el blanco de las intrigas, cuyos hilos no siempre podia asir su perspicacia monásticamente espiritual, se veian precisados á formar descontentos.

Estos se engañaban en sus cálculos, y acusaban á los Jesuitas de haberles hecho malos servicios; no quedaban satisfechos sus deseos, y cargaban sobre la Compañía la culpa de su éxito poco favorable. A los antiguos rumores aun no apagados se agregaban otros auxiliares, que jamás perdonan la derrota que han sufrido su vanidad personal y su orgullo de familia. En la corte, donde para perder á un rival cada individuo se improvisa un arma de todo, y donde se prepara con tanto arte, aquí una perfidia, mas allá una calumnia, y do quiera un millon de intrigas, no respetaron en los Jesuitas lo que jamás habian osado atacar los discípulos de

Jansenio: atreviéronse á inculpar sus costumbres. Hallábanse algunos de ellos en contacto inmediato con el mundo, y el mundo les hizo expiar esta posicion por medio de impostores epigramas, que mas adelante aceptó la malignidad pública como la expresion dulcificada de la verdad.

En Lisboa los hemos visto mezclados en una revolucion palaciega, que fue saludada por el pueblo como una nueva era de regeneracion, y trabajando de consuno con el nuevo Soberano por restituir á la nacion su antiguo esplendor; mientras que en Madrid y en la misma época vemos á otro Jesuita, que gobernaba la España, siendo á la vez primer ministro de la Reina regente, y la causa de una nueva division en la real familia.

El reinado de Felipe IV, á pesar de algunas felices cualidades que poseía este Príncipe, fue tan fatal á la Península como el del godo Rodrigo. Bajo su débil mano decaía insensiblemente la preponderancia de la casa de Austria. La obra de Carlos V y de Felipe II se desquiciaba: el Rosellon, la Cerdeña, la Jamáica, una parte de los Países Bajos y el Portugal se habian desprendido uno tras otro de la esplendente corona que los dos primeros soberanos de la casa de Austria habian colocado sobre las sienes de sus sucesores. Los antiguos tercios españoles perdian su prestigio en Italia y Bélgica; insurreccionábase Cataluña; el pescador Masaniello sublevaba en Nápoles la fuerza popular, y el ejército portugués amaestrado por Schomberg en la victoria, daba un golpe decisivo en las llanuras de Villaviciosa. Sintió Felipe tan cruelmente estos reveses, que falleció de sus resultas en 1665, dejando la España empobrecida, mutilada, en los obstáculos inseparables de una regencia, y legándola por sucesor un niño de cuatro años, que empuñó después el cetro bajo el nombre de Carlos II, quien por una incuria y molicie mas deplorables aun hizo bajar con él á la tumba la influencia española. Bien pronto la madre del jóven Príncipe, María de Austria, vió amenazadas sus fronteras por las tropas de Luis XIV y los portugueses. Felipe IV habia dejado un hijo natural, conocido con el nombre de D. Juan de Austria, que tratando de unir su suerte á la de los españoles, seducidos aun con el recuerdo del glorioso bastardo de Carlos V, se creyó bastante poderoso para sostener la monarquía espirante, creándose un partido con el objeto de gobernar al rei-

¹ Ortiz, *Compendio de la historia de España*, tomo IV.

no. Este partido no quiso atacar de frente á la Reina madre, y se contentó con dirigir sus tiros á su confesor, á su ministro, al Jesuita Everardo Nithard, nacido en 8 de diciembre de 1607 en el castillo de Falkenstein.

El P. Nithard, de edad de sesenta años, después de haber explicado por largo tiempo la moral y la filosofia en la universidad de Gratz, se habia visto elegido por el emperador Fernando III para dirigir la conciencia y los estudios de sus hijos. Habia ya educado al archiduque Leopoldo Ignacio, que reinó después de Fernando III; y cuando María se casó con Felipe IV, pasó á España en calidad de confesor suyo. En aquella corte, corrompida y anonadada por el funesto ministerio de Olivares, pareció el Jesuita un prodigio á los ojos de aquel pobre Monarca, agobiado bajo los murmullos de su pueblo, y envejecido en las miserias de una etiqueta real. Nithard poseia ideas gubernativas, y dejaba escuchar sabios y prudentes consejos; pero hablaba de economía y de vigilancia á un hombre que acababa de ver derretirse entre sus manos el oro del Potosí, y que, al fin de su reinado, dejaba á la nacion empeñada, el trono envilecido, y el Estado muerto bajo el peso de las riquezas de que no habia sabido aprovecharse para desarrollar la industria y la agricultura. Nacido en un país cuya fortuna estriba en el trabajo, al par que individuo de una Sociedad religiosa que proscribiera la ociosidad como un crimen, Nithard no sabia comprender esta decadencia del poder público. Felipe IV, que hasta entonces solo se habia visto rodeado de aduladores, hallaba aun suficiente energía en su alma agotada para aplaudir los planes de reforma que le inculcaba el Jesuita, planes que tal vez la muerte le impidió ponerlos por obra.

Apenas tuvo en sus manos Ana de Austria las riendas del Estado, cuando no queriendo compartir con otro alguno mas que con su confesor las atenciones del gobierno; y teniendo bastante confianza en la firmeza de su carácter, le elevó, no de un modo oculto, sino á la faz del mundo entero, á las funciones de inquisidor general y de consejero de Estado. El Jesuita empero, que se habia propuesto conservar intactos sus votos, se negó á admitir estos cargos, alegando por motivo de su repulsa el voto de abnegacion que hacian los profesos de la Sociedad. El Pontífice, sin embargo, podía relajarlos: suplicale la Reina que ordene á Nithard que se someta á su decision; mándaselo aquel efectivamente.

te; y el 26 de setiembre de 1666 apareció en Madrid un decreto, nombrando al Jesuita inquisidor general, y haciendo mencion de su larga y porfiada resistencia.

Atendido el estado de los asuntos, María acumulaba sobre la cabeza de su confesor todas las violencias del partido que dirigia D. Juan de Austria, pues no solo se exponia ella misma á ser el blanco de infames calumnias, que no hicieron padecer mas á su virtud que á la de Nithard, sino que daba lugar á que estas calumnias hiciesen un dia imposible el ejercicio de su autoridad, que era el objeto á que tendian. El Padre se encontraba en una situacion que tenia mas de un punto de analogía con la del cardenal Mazarini en Francia; pero el Jesuita aleman carecia de los recursos del talento, de la sagacidad é inflexible perseverancia del ministro italiano. Para sostenerse se apoyaba únicamente en unos medios aprobados por la generalidad; pero esto no bastaba en una corte tan fecunda en intrigas. Era hijo de padres luteranos; y «esta circunstancia, dice Amelot de la Houssaye en sus *Memorias*, tomo I, pág. 345, le hacia chocar directamente con «el clero, atendido que segun las leyes del país, nadie podia ser «admitido á los empleos mas ínfimos, si en su linaje paterno ó «materno se hallaba una mancha ó la mas leve sospecha de herejía.»

D. Juan no se desdeñó de explotar esta circunstancia. Después de poner en juego la susceptibilidad española, acusó al Jesuita de las calamidades que hacia pesar sobre la Península la guerra con la Francia; presentándose al mismo tiempo como el único hombre capaz de reparar tamaños desastres. Esta oposicion iba tomando el carácter de facciosa. Nombrado D. Juan gobernador de los Países Bajos, no quiso aceptar esta orden de destierro, disfrazada bajo el velo de una dignidad precaria; y habiéndose encaminado á Madrid para hacer aprobar su renuncia, recibió orden de no aproximarse á la corte en el radio de veinte leguas. Retiróse, pues, á Consuegra, donde tramó, dicen, un complot contra la existencia del ministro Jesuita. Este complot con el cual dificilmente se habria avenido el carácter de D. Juan impetuoso al par que lleno de probidad, y del que nadie ha podido probar el menor indicio, nos parece una de esas invenciones que adoptan los partidos para perder á sus antagonistas. Sin embargo, no dejó de suministrarle un pretexto de accion. Felipe IV habia guar-

dado en su testamento un absoluto silencio con respecto á su persona; y adivinando por este olvido el odio que le habia consagrado Ana, ya que no podia vengarse en ellos directamente, sacrificó á sus resentimientos al Jesuita que poseia su confianza.

Habiase expedido una orden para arrestar al Infante, y conducirle al alcázar de Toledo; pero apenas llegó á su noticia, cuando refugiándose en el Ebro, publicó desde la fortaleza de Flix una memoria, justificándose á sí mismo, y acusando á la Reina y al Jesuita. Conocia D. Juan demasiado bien su pujanza, y estaba seguro de poder contar entre sus auxiliares á la grandeza y á la mayor parte de los monacales: por lo que colocándose como agresor en 23 de febrero de 1669 al frente de las tropas que habia reunido, no temió reclamar el extrañamiento del Jesuita. Emperó su fogosidad, sus amenazas y las sordas calumnias que hacia circular, colocaban á Nithard en un terreno favorable; y aprovechando esta posicion el Padre, escribe una carta al Príncipe, en la cual después de haber reducido á su justo valor los crímenes que le imputaba, exige del Infante, que se habia constituido en rival suyo, las pruebas de lo que alega; habla con toda la dignidad de la inocencia; pero como sus palabras caian sobre hombres ambiciosos, que solo veian en Nithard un obstáculo á su prosperidad y fortuna, fueron completamente estériles en esta época. Los historiadores católicos que se ocuparon de estos sucesos no han osado siquiera aludir á su memoria, al paso que un autor protestante, el inglés Cove, que ha tenido la suficiente imparcialidad para estudiarla, ha sido tambien el único que ha hecho justicia al escrito y al carácter del Jesuita¹. «Esta obra, dice, respira mucha sabiduria y «talento, y demuestra la mas buena fe y la conviccion de la inocencia. En ella reduce el P. Nithard á sus justas proporciones las «inculpaciones vagas é improbadas de D. Juan, principe por otra «parte apreciable bajo diferentes aspectos; pero que ambicioso y «arreatado, empleó en esta ocasion unos medios reprobados por «el honor y la conciencia.»

El Príncipe español no ignoraba, así como el historiador inglés, todas estas cosas; pero aspirando á dominar el reino durante la minoría de un niño enfermizo, ó soñando quizás en la corona, caso de fallecer aquel, tuvo por conveniente sacrificar la ver-

¹ *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, tomo I, introduccion, página 157.

dad á una enemistad de familia y á unos proyectos mas vastos.

Nithard solo contaba con el apoyo de una mujer, cuyo instinto materno presagiaba las esperanzas del bastardo de Felipe, y que se aterraba al ver su soledad en medio de una corte sin energía, y de un pueblo irritado de sus reveses y de su fastuosa miseria. Es verdad que el Jesuita era su consejero y el pedestal en que se apoyaba, y que merecia todo su aprecio, tanto por afeccion como para oponerse al Infante; pero no siéndole posible luchar contra las dificultades que do quiera le suscitaban, y viéndose Ana abandonada por los mismos consejeros de la Corona, adictos á D. Juan, trató de transigir con este. «Lleváronse tan adelante las condiciones de la capitulacion, añade Amelot, que declaró el Príncipe, que si el P. Nithard no salia sin dilacion por una de las «puertas de Madrid, le haria salir por una de las ventanas de su «casa.»

En el momento en que acababan de consumarse estos hechos, publicaba un autor contemporáneo, en Paris, una *Relacion de la salida de España del P. Nithard*¹, en la que no se pintó este suceso con aquella triste crudeza que reina en las relaciones de la Hous-saye. «Mucho tiempo hacia, escribe, que solicitaba el Jesuita el «permiso de retirarse. Un domingo, después de haber confesado «á la Reina, se echó á sus piés, y la suplicó que no se opusiese «á su marcha. La Reina anegada en llanto persistia en su repul- «sa; pero habiendo pasado á ser una cuestion de Estado la des- «pedida del Jesuita, se vió precisada á ceder al imperio de las «circunstancias, y el 25 de febrero de 1669 firmó María Ana el «decreto siguiente:

«Habiéndome suplicado Juan Everardo Nithard, religioso de «la Compañía de Jesús, mi confesor, consejero de Estado é in- «quisidor general, que le permita retirarse del reino, aunque sa- «tisfecha en gran manera de su virtud y demás cualidades bue- «nas, así como de su celo y cuidados en servirme, teniendo en «consideracion la solicitud que me ha presentado, y atendiendo «á otras varias circunstancias, vengo en otorgarle el permiso que «solicita para retirarse donde guste, ya sea á Roma ó Alemania. «Empero, deseando darle un testimonio de mi satisfaccion y gra- «titud por los servicios que ha prestado al Estado, quiero que «conservase sus títulos, empleos y rentas; ordenando además que

¹ En 4.º, Paris, 1669. Impreso en español y francés.

«marche á cualesquiera de las referidas cortes investido con el «título de embajador extraordinario. — Yo LA REINA.»

Al separarse el Jesuita de la corte, hacia cesar un conflicto en que intervenia el nombre de un miembro del Instituto. Satisfecho D. Juan de su victoria sobre la Regenta, acalló tambien sus exigencias por el momento. Antes habia ratificado y ampliado él mismo todas las dignidades conferidas por María Ana sobre su confesor; pero Nithard, cuyo ministerio habia sido tan tristemente célebre, no quiso aceptar los honores y pensiones que compensaban un destierro tan vivamente deseado. «Nosotros debemos de- «cir, escribe Cove¹, en justo elogio de este desgraciado ministro, «que dió un ejemplo singular de desinterés, pues no solo rehusó «las ofertas que se le hicieron por varias personas, entre otras por «el cardenal de Aragon y el conde de Peñaranda, prefiriendo, «para emplear sus propias expresiones, dejar la España en clase «de pobre sacerdote, como habia llegado á ella; sino que con di- «ficultad se le pudo hacer aceptar doscientos doblones de parte «de su protectora para su viaje á Roma, en vez de una pension «de dos mil pesos fuertes, y de ningun modo quiso admitir la em- «bajada que se le proponia.»

Habiase lisonjeado D. Juan de que su oposicion al Jesuita le haria dueño de los negocios, y que así podria comunicar á la España un nuevo vigor; pero no tardó en sucumbir á su trabajo, y aun se hizo mas odioso que Nithard. Habia hecho grandes promesas, á imitacion de todas las oposiciones, y se vió abismado al tratar de realizarlas. El Jesuita, entre tanto, que no habia sido uno de esos favoritos vulgares á quienes olvidan fácilmente los príncipes en su proscripcion, y de cuyos labios solo habia escuchado la Regenta juiciosos consejos, se vió nombrado embajador cerca de la Santa Sede, siendo en seguida consagrado arzobispo de Edesa, y muriendo por último decorado con la púrpura romana en 1681.

Para sacudir el letargo en que los herederos de Carlos V y de Felipe II habian sumido á la Península, hubiera necesitado esta un rey á la altura de estos monarcas, ó al menos un ministro tal como el cardenal Jimenez. Pero los unos no eran mas posibles que el otro; porque bajo la férula de unos príncipes sin voluntad

¹ España bajo el reinado de la casa de Borbon, tomo I, introduccion, página 26.

ni inteligencia se gasta en breve la energía de los hombres de Estado, ó no tarda en ser calumniada y condenada á destierro. Los soberanos de la casa de Austria reunían todos los elementos para un feliz éxito: poseían un imperio, en cuyo territorio jamás se ponía el sol, como lo decían los españoles con el enfático orgullo tan propio de su idioma; imperaban sobre unos pueblos fieles, y que profesaban un religioso respeto hácia el culto de sus mayores. Solo les hacía falta un Luis XIV ó un Sobieski para desarrollar cualidades tan generosas. Desde la incuria de Felipe IV descendieron sin transición á la infancia eterna de Carlos II, especie de rey apático y holgazán, que proscribió á su madre, volvió á llamarla, tomó por ministro á D. Juan de Austria, y le abandonó en seguida á la execración pública. Por fin, tan cansado de reinar como de existir, pasó á encerrarse ya en el Escorial, ya en los bosques del Pardo, consumiendo su lánguida existencia en medio de mujeres, enanos y animales raros, que le prodigaban sus provincias de Ultramar.

Al ver esta postración de la majestad, los Jesuitas, que no encontraban apoyo alguno en el trono, ensayaron vencer el letargo del pueblo por medio de una educación nacional; pero el pueblo, que se amoldaba en un todo á los gustos de su Soberano, se entristecía con sus tristezas, y enfermaba con los mismos males que abatían su ánimo; el pueblo español, paciente y sufrido como la verdadera fuerza, parecía aguardar que la muerte del Monarca pusiese un término á su agonía. Presentía é invocaba quizás algunas escisiones interiores para sacarle de su eterno letargo; mientras que los Jesuitas, sometidos á esta acción deletérea, y siguiendo el ejemplo del pueblo, anhelaban como él una circunstancia que no tardó en producir la guerra de sucesión.

Durante este intervalo adquirían los miembros del Instituto en otras comarcas un desarrollo indispensable á su existencia. En Alemania no cesaban de extenderse, y en Polonia, y bajo la espada victoriosa de Sobieski, realizaban en los ejércitos y colegios el fin de su Instituto. Para que los Jesuitas obtengan sobre las masas un influjo preponderante, es preciso que hallen al frente de los negocios un príncipe ó un poder enérgico, que no consientan en dejarse aniquilar: monarquía ó república, legitimidad ó derecho electivo, poco les importa la forma de gobierno, con tal que sea fuerte; porque ellos no se desarrollan á sus anchuras, sino á

la sombra de una autoridad que no se vea asaltada por las facciones. Entonces, encerrados en las atribuciones que les trazara Loyola, y seguros de un porvenir, porque conocen el pensamiento que les dirige, se entregan sin precipitación ni temor á los afanes de su apostolado. De aquí es que en España, y á mediados del siglo XVII, los vemos irresolutos y débiles como el Gobierno que se hallaba á su cabeza; mientras que en Polonia, y en la misma época, se dejan ver tan emprendedores como en los primeros días de su fundación, ó como cuando el P. Julio Mancinelli, que había consumido sesenta y dos años de su vida en la Compañía, difundía por el Norte las luces de su fe y los ardores de su caridad.

¿Y á qué otra cosa pudiera atribuirse este resultado, sino á que á la sazón ocupaba el trono de Polonia un hombre que tenía fe en su misión, como ellos tenían confianza en su genio? Este hombre era Juan Sobieski. La Polonia apreciaba á la Sociedad de Jesús: había visto á sus individuos popularizar la moral y el espíritu de nacionalismo en los reinados de Bathory, Segismundo y Uladislao; y queriendo recompensar tantos sacrificios, llamaba al trono á Juan Casimiro, que en 25 de setiembre de 1643 había ingresado en la Compañía, y que cuatro años después se vió forzado á recibir el capelo de cardenal por el papa Inocencio X. Pero luego que el Rey jesuita hubo apaciguado las facciones del reino, juzgando ya consumada su misión de soberano, abdicó la corona en 1668, habiendo sido su reinado el de la paz y la educación. Con esta educación poderosa, porque se dirigía á unas naturalezas vigorosas y á unos corazones á quienes no había podido enervar una civilización demasiado precoz, formaban los Jesuitas en la virtud y en la ciencia á esos franceses del Norte, tan amantes de su independencia y de la gloria militar. Hacíanse amar de ellos en los colegios; seguíanles á los campamentos; constituíanse en oradores del ejército, en médicos de los heridos

¹ Léese en la epístola dedicatoria de una obra intitulada: *Historia passionis Christi punctatim animae devotae per tres libros et capita exposita*, compuesta por el príncipe Radzivil, canceller de Lituania, y dedicada á la Compañía de Jesús, lo siguiente: « He oído esta confesión de boca de mi hermano Radzivil, de gloriosa memoria, palatino de Vilna, general del gran ducado de Lituania, y protestante: *Aunque tenemos, me decía, sujetos asalariados y encargados de investigar y anotar las faltas de los religiosos, jamás hemos podido hallar cosa alguna vituperable en los de la Sociedad de Jesús. En mi juicio, los declaro sujetos de probidad.* »